



CRÍTICAS DE *EL HOMBRE ALMOHADA*

Manuel Vieites, *Faro da Cultura*

(...) Lo que se propusieron estos chicos y chicas de *Il Maquinario Teatro*, con esta propuesta primera, haya sido precisamente hacer un teatro sustantivo y necesario, un teatro a favor del teatro y contrario por lo tanto a esa dimensión mediática tan popular en la actualidad, próxima al populismo, a los efectos especiales y a la pólvora mojada. Un teatro a favor del público, considerando que el público también tiene derecho a la inteligencia.

Destaca en este espectáculo de *Il Maquinario* el trabajo de composición de su director, Tito Asorey, y la adecuada construcción de los personajes que ofrecen Melania Cruz, Fernando González, Laura Míguez y Fran Lareu. Y hay en su actualización en escena un cierto poso de aquella dimensión lúdica que Brook reclamaba para su teatro, cuando señalaba que no era más que un juego, siendo el juego una de las actividades humanas más complejas. Un trabajo que se realiza desde una comprensión cierta de los elementos de significación de la escena, y por eso el espectáculo tiene una coherencia notable, cosa poco común en nuestra escena. Hay que destacar, ciertamente, ese gusto por el rigor, por la precisión, que hace que el espectáculo acabe por tener una dimensión sistémica considerable pues todo en él acaba cuadrando.

Sale a la luz este primer espectáculo de *Il Maquinario Teatro* de un texto de Martin McDonagh que nos hace recordar al Pinter inicial, autor de textos enigmáticos como

The Room, *La fiesta de cumpleaños* o *The Homecoming*, que provocan en el lector multitud de preguntas sin respuesta posible. Y Tito Asorey, en la versión que hace del texto original, acierta a recoger la herencia en buena medida marcada por una tonalidad cruel, asentada en palabras que cortan como cuchillos. Y ahí de nuevo destacamos el trabajo de actores y actrices tan jóvenes y tan notables, que juegan a voluntad con la palabra para elaborar una pesadilla atroz, también a través de las magníficas historias que van desgranando aquí y allá. No se pierdan el espectáculo. Vale la pena.

Faro da Cultura, 20 de Septiembre de 2012

<http://maderne.blogspot.com.es/2012/09/il-maquinario-teatro.html>

Damián Villaláin, *Revista Tempos Novos*

Dirigir teatro es una de las cosas más difíciles del mundo. Se trata de tomar continuamente decisiones que en la mayor parte de los casos resultan irreversibles, pues cada una de esas decisiones afecta a las ya tomadas y puestas en práctica. Esta puesta en práctica equivale al avance en la construcción de la obra teatral, una tarea que debe ejecutarse en un tiempo bastante limitado. Las decisiones - miles - afectan al texto del que se parte, a los intérpretes con los que se trabaja, al espacio en el que se va a representar, a los aspectos técnicos, a las reacciones del público... Un trabajo estresante, pura artesanía intelectual que, paradójicamente, debe ser realizado por personas de temperamento no especialmente seguro, con cierta tendencia a la reflexión y a la duda. Creo que yo necesitaría un par de años, quizás alguno más, para hacer lo que Tito Asorey ha hecho en un par de meses con *El Hombre almohada*, el espectáculo con el que inició su camino la compañía ourensana *Il Maquinario*.

Ha habido quien me ha dicho, tirando un poco del tópico, que *El Hombre Almohada* es una de esas obras que te devuelven la fe en el teatro, razonamiento que no comparto por no creer que el teatro sea una cuestión de fe, sino más bien de *kairós*, de apertura a la posibilidad de de que algo importante y tal vez imprevisto ocurra. Y en la pieza que gloso ocurren cosas, cosas horribles e irrisorias que no están sólo latentes en el texto espléndido de Martin McDonagh, sino sobre todo en el sentido en el que Tito Asorey y

su sensible cuarteto actoral proporcionan a una historia que en manos menos finas podría haber derivado hacia derroteros melodramáticos, previsibles, maniqueos, desastrosos. Si *El hombre almohada* vale lo mucho que vale es porque brota de ella una sabiduría sobre las cosas humanas que va más allá del saber hacer escénico. Il Maquinario ha comprendido y sabido tratar con una obra que habla de niños maltratados y de arte. Es un asunto vidrioso, a menos que se afronte sin pliegues, desde la posición fácilmente eticista de la denuncia y la condena. Pero en ese caso la obra sería otra, no la cosa extrema, ambigua e inquietante que imaginó Martin McDonagh. Supongo que el autor británico cruzaría los dedos al ponerle el punto final pensando en los posibles malentendidos y en los consiguientes estragos de los que podría ser objeto su texto. En Galicia, por fortuna, ha caído en manos de *Il Maquinario*, una compañía – me alegra poder decirlo – integrada por antiguos alumnos de la ESAD de Galicia.

Tempos Novos. Número 188.

Cristina Díaz, *El Club Express*

El cocktail de Il Maquinario: juventud, vocación, experiencia, audacia. Han llegado para quedarse.

Tenemos una joven compañía, (presentada oficialmente a los medios hace apenas seis meses) formada con actores profesionales, todos ellos titulados por la Escuela Superior de Arte Dramático de Galicia, con una nada desdeñable trayectoria escénica, y dispuestos a batirse el cobre sobre un escenario para defender la indigesta obra del anglo – irlandés Martin McDonagh, en su debut como grupo teatral.

El hombre almohada, adaptación de la obra homónima de 2003 de McDonagh, es un muestrario de las miserias a las que los sistemas totalitarios reducen la existencia de sus ciudadanos, que, salpicada de toques de humor negro, en tono de intriga, y con un estilo gangsteril muy de cine negro, nos conduce hacia la delgada línea que separa la realidad de las apariencias.

Con el Teatro Principal a medio aforo, y tras el ruego de una voz anónima para apagar todos aquellos dispositivos electrónicos susceptibles de ensuciar acústicamente la representación, se nos da permiso para ejercer la violencia verbal contra aquellos

espectadores que no hayan respetado la petición. Ya estamos predispuestos para la bronca... y se levanta el telón.

Katurian (Melania Cruz) está detenida como sospechosa del asesinato de varios niños de una localidad de un ficticio estado totalitario. Katurian escribe macabros cuentos infantiles en la intimidad en la que vive con su hermana retrasada, Michal (Laura Míguez), en los que los niños son víctimas de todo tipo de truculencias. A lo largo de la representación se desvela la consecuencia de la aplicación de la crueldad sobre los infantes, de manera sarcástica, a veces hasta provocar la risa, haciendo gala de un humor negro y grotesco que enfrenta al espectador con el hecho – demasiado habitual – de la banalización de la violencia y sus consecuencias. El poli bueno (Fran Lareu) y el poli malo (Fernando González) son, a su vez, objeto e instrumento de las mismas atrocidades.

La frontera entre ficción y realidad se difumina por momentos en esta pieza dirigida por Tito Asorey, fiel al espíritu de la original, guiándonos sin titubeos por las alcantarillas del alma humana. No hay nada como una buena bofetada – teatral – para hacernos reflexionar.

<http://elclubexpress.com/blog/tag/il-maquinario-teatro/>

Mercuccio, Blog *El círculo de Artur*

El hombre almohada es la primera producción de IlMaquinario Teatro, y para esta su primera presentación ante el público han escogido la pieza *El hombre almohada*, del autor irlandés Martin McDonagh.

La obra de McDonagh, que se define habitualmente como “humor negro”, gira alrededor de personajes que afrontan situaciones límites y que vienen marcados por pasados traumáticos, relaciones familiares enfermizas, y en los que la conciencia de la muerte es una constante. Las tramas las construye este autor como un juego de espejos en el que nada es lo que aparenta ser.

La experiencia nos ha avisado de que la calidad de un texto no garantiza la calidad de una función. Sabemos que Shakespeare o Bertold Brecht son autores excelentes, pero todos hemos asistido a insufribles representaciones de estos autores. También las piezas del propio McDonagh, autor muy representado en Galicia, han sido puestas en escena, entre nosotros, de un modo que ahondaba más en su envoltorio cómico eludiendo (quizás por contentar al público) la carga de profundidad, ese trasfondo en el que se esconde el verdadero mensaje que el autor pretende transmitir.

El primero de los muchos méritos de este trabajo inaugural de *IlMaquinario Teatro* es precisamente el de asumir el texto y no ir en contra de él. No manipular ese texto con intención de “gustar” (que no convencer) o “maravillar” (que no hechizar), sino de ahondar honradamente en él utilizando herramientas genuinamente teatrales.

Concedores de que en teatro los conceptos no son nada si no se sustentan en emoción, los componentes de *IlMaquinario Teatro* nos agasajaron con un “hombre almohada” que nos mantuvo atados a la butaca, enfrascados en la historia que nos estaban contando. ¡Ni más ni menos! Parece lo normal, sí, pero no es lo más frecuente.

Durante toda la representación de este “hombre almohada” se logra mantener esa difícil tensión entre el envoltorio cómico y el fondo trágico en el que consiste el verdadero humor. Ese humor está presente durante toda la representación sin ningún tipo de concesiones a una comicidad superficial y se sublima en ocasiones hasta rallar en lo poético.

La emoción que suscita esta función está también basada en cosas parentemente obvias, pero infrecuentes: lectura inteligente, escenografía, iluminación y música apropiadas, puesta en escena coherente, “tempo” apropiado y, sobre todo, un trabajo actoral muy serio y equilibrado, apoyado, y se nota, por una dirección que valora muy especialmente esa faceta de su trabajo. Los cuatro intérpretes alcanzan un notable nivel.

Son razones suficientes para asistir a las funciones de esta producción que, por cierto, no ha sido subvencionada. Los cinco componentes de *IlMaquinario* no asumieron sólo un riesgo artístico sino también un riesgo económico. Ojalá esta nueva compañía continúe trabajando en esta línea de seriedad y coherencia.

Hugo Álvarez. Blog *Butaca en Anfiteatro*.

La aparición de una nueva compañía teatral en estos tiempos difíciles para el género es siempre una buena noticia. Más aún si es una compañía gallega, que se presenta pisando fuerte, con aires renovadores, ideas claras, y un espectáculo honesto y comprometido como hacía tiempo que no se veía en Galicia. Es el debut de Il Maquinario Teatro, un grupo formado en su mayoría por antiguos alumnos de la ESAD de Galicia, que apuesta por un texto tan potente como incómodo y de digestión difícil, como es *O Home Almofada* (*The Pillowman*), del irlandés Martin McDonagh. Una propuesta decididamente contemporánea que no dejará indiferente a nadie, en una función que no solo es de lo mejor que se está viendo ahora en Galicia, sino que lo tiene prácticamente todo para poder triunfar sin problemas en cualquier parte del país.

En un país en plena dictadura totalitaria, Katurian K. Katurian, escritora de relatos cortos, ha sido detenida por un par de policías para ser interrogada como principal sospechosa de tres asesinatos en serie que están teniendo lugar en la ciudad, y que siguen los patrones de las historias que ha escrito. En todas las historias de Katurian mueren niños de manera escabrosa. Inicialmente, Katurian afirma estar tranquila y no tener nada que ver con los crímenes, mostrándose dispuesta a cooperar. A pesar de todo, la policía intenta tensar la cuerda todo lo posible. En una habitación contigua, Michal, la hermana pequeña de Katurian, está siendo torturada, en un desesperado intento por arrancarle alguna confesión. Sobre esta situación, en un segundo plano narrativo, el espectador va conociendo, por medio de la lectura de los relatos de Katurian que forman parte del sumario –dignos del mejor Stephen King-, los morbosos y explícitos detalles de los crímenes de los que se la acusa. Sobre esta trama, McDonagh construye un complejo thriller con cuatro personajes de gran profundidad psicológica, no exento de sorpresas e insospechados giros argumentales; que mediante una prosa explícita, incisiva y de gran poder descriptivo condensa referencias de los relatos de Stephen King, del cine de Quentin Tarantino, Michael Haneke o Guillermo del Toro y –por qué no decirlo- del teatro de David Mamet. El humor negro tan típico en el teatro de McDonagh aparece aquí en menor medida que en otras piezas suyas: está, pero solo

usado ocasionalmente como falsa herramienta de relajación en una historia violenta, cruda y descarnada, que mantiene en vilo al público hasta los últimos minutos. Una historia incómoda, que ataca directamente a los sentidos y apela a la reflexión.

La versión que presenta Il Maquinario Teatro parte de una dramaturgia de Tito Asorey –encargado también de la dirección del espectáculo-, muy fiel al original en líneas generales. La diferencia más destacable es la modificación del sexo de los dos personajes protagonistas: Katurian y Michal, hermanos y hombres en la versión original, pasan aquí a ser hermanas, y por lo tanto mujeres. Lo que en un principio podría parecer un cambio aleatorio, ayuda sin embargo a reforzar algunas cuestiones argumentales. De alguna manera, dos mujeres se ven más desprotegidas que dos hombres ante la brutal violencia de los detectives Ariel y Tupolski, presentados en un principio como auténticos machos alfa. Desde esta cierta situación de supuesta inferioridad, Katurian y Michal deberán unir fuerzas, y trabajar en equipo para intentar salir a bien de la encrucijada en la que se hallan. Además –y creo que esto es lo más interesante que aporta el cambio de sexo-, la relación de protección que se establece entre las dos hermanas es mucho mayor. Considerando que son huérfanas, el papel maternal de Katurian como protectora de su hermana pequeña queda aquí mucho más definido: en una situación límite, Katurian deberá no solo buscar la manera de probar su inocencia, sino también preservar la integridad de su hermana pequeña, ignorante de la que se les puede venir encima. En cualquier caso, esta solución dramática aporta una nueva luz, y nuevas posibilidades de lectura, sin faltar en absoluto a la esencia del texto, y reforzando quizás su tensión dramática.

Muy estimulante, y de gran fuerza expresiva la puesta en escena. El espacio escénico –Luis Iglesias- queda profundamente acotado, con lo que se refuerza todavía más la sensación de claustrofobia que sugiere la habitación en la que se encuentra retenida Katurian. Además, la iluminación –Tito Asorey- ayuda a separar muy claramente los planos y los tiempos narrativos, y aporta detalles que incrementan la tensión y dan a todo un aire lúgubre muy acertado –esa impagable lámpara ondeando hacia la mitad del espectáculo...-. Además, se saca gran partido a los pocos elementos escénicos disponibles para la creación de nuevos espacios –el uso del camastro es ejemplar en este aspecto-.

La dirección escénica de Tito Asorey no deja casi nada al azar, y es consciente de que el texto es lo suficientemente fuerte por sí mismo como para tratarlo con sutilidad en el escenario. Entiéndaseme bien: no renuncia a mostrar escenas de violencia explícita cuando así lo pide la obra –por cierto, naturales y muy bien ejecutadas, siempre lejos de la coreografía en apariencia- pero también apuesta por poner en jaque al espectador dejándole imaginar los momentos más espeluznantes –los gritos de tortura en oscuro de Mihal en el cambio de acto son indudablemente incómodos-. Es un acierto, porque el texto es lo suficientemente descriptivo, y porque probablemente no haya un recurso más poderoso que la imaginación para visualizar el horror. También las miradas, los silencios, y la gestualidad corporal juegan un elemento determinante para aumentar la tensión dramática.

Es muy destacable el reparto, que se nota que ha absorbido con total convicción los códigos que propone Asorey, y que está volcado con la causa. La Katurian de Melania Cruz sale airosa del durísimo desafío: ha de permanecer en escena prácticamente los 100 minutos que dura la función, y su personaje transita por toda una amplia gama de sentimientos, desde la seguridad inicial, convencida de su inocencia, hasta el miedo – ¡qué bien se va desmontando al ponerse las cosas feas!-, la rabia o los arrebatos de ira. Todo lo hace con total convicción, pero quizás alcance sus momentos culminantes contando el relato que da título a la obra, porque tiene algo que es luminoso y turbador al mismo tiempo. Magia tiene también la Michal de Laura Míguez, que saca oro de un papel relativamente breve pero decisivo y exigente en lo psicológico: es una pena que no se pueda hablar del personaje en profundidad –hay que evitar los spoilers...-, pero diremos que la actriz hace enmudecer al auditorio en un par de momentos -esos silencios incómodos tan impagables en el teatro...-; y que clava sus súbitos cambios de humor, en un papel que podría haber caído en un histrionismo fácil que aquí afortunadamente nunca aparece. Hay que seguirla de cerca, porque ya apunta maneras para hacer cosas importantes.

La pareja de policías podrá quedar en un segundo plano aparente, pero crece conforme avanza la función, porque es cuando ambos hombres van mostrando todas sus aristas. Los sirven con rotunda seguridad Fernando González –que en esta versión ejerce además de narrador de algunas historias de Katurian, en momentos que parecen sacados

de una película de terror- y Fran Lareu –que acierta al dibujar una figura que es una constante amenaza, pero que no está exenta de cierta pachorra esporádica que casa muy bien con el personaje-. Los momentos de tensión entre ambos, cuando la cosa parece que acabará por superar a sus propios nervios están plenamente conseguidos, sembrando en el espectador lógicas dudas acerca de si algún súbito giro argumental podría estar por venir.

Los de Il Maquinario Teatro han demostrado que quieren decir cosas, y que saben cómo decirlas, transmitiendo al público un constante cóctel de emociones, Son la savia nueva del teatro gallego: un grupo de personas que demuestra que cuando se quiere, se pueden hacer cosas desde Galicia para cualquier público. De momento, solo cabe desearles mucha suerte con este proyecto, y esperar con curiosidad los que vengan en el futuro.